

ANA MARTÍNEZ RUS

Libros al fuego y lecturas prohibidas

El bibliocausto franquista
(1936-1948)



Los libros han sido admirados, codiciados y hasta venerados, pero también han sido despreciados, odiados y destruidos. El libro es un arma peligrosa y así lo han visto demasiados regímenes a lo largo de la historia de la humanidad en todos los rincones del planeta. A pesar de su fragilidad, un ejemplar que invita a pensar y a reflexionar de manera crítica es un enemigo por batir. Algo tan aparentemente insignificante compuesto de papel, letras impresas, imágenes y cartón es un elemento revolucionario, pero no solo aquellos textos que llaman a la revolución, sino todos por sus capacidades para imaginar, soñar y pensar. A lo largo de la historia son muchos los ejemplos y antecedentes que podemos encontrar sobre la quema de libros. La destrucción de libros no es un fenómeno nuevo como forma de eliminar una cultura o una civilización derrotada por las armas.

Pero lo sorprendente del caso franquista es el ensañamiento contra lo impreso y la intensidad de la destrucción. Se retiraron títulos como *El asno de oro*, de Apuleyo; *El Libro del buen amor*, del Arcipreste de Hita; *La Celestina*, de Fernando de Rojas; *Diablo mundo*, de Espronceda; *La educación sentimental*, de Flaubert; *Werther*, de Goethe; *Artículos de costumbres*, de Larra; *La rebelión de las masas*, de Ortega y Gasset; *Papa Goriot*, de Balzac; *Sonata de otoño*, de Valle-Inclán; *Poesías completas*, de Antonio Machado; *Nuestro padre San Daniel*, de Gabriel Miró; *La hermana San Sulpicio*, de Palacio Valdés; *El retrato de Dorian Grey*, de Oscar Wilde; *Los miserables* o *Nuestra Señora de París*, de Víctor Hugo; *Los pazos de Ulloa*, de Emilia Pardo Bazán; *El fuego*, de Barbusse; *Sin novedad en el frente*, de Remarque; *Los siete ahorcados*, de Andreiev; *Las almas muertas*, de Gogol; *Crimen y castigo*, de Dostoiewski; *Cómo enseña Gertrudis a sus hijos*, de Pestalozzi; *Guerra y paz*, de Tolstói,

o *Historia de la civilización española*, de Rafael Altamira.
Asimismo, todos los de Blasco Ibáñez, varios títulos de Azorín y numerosos de Pérez Galdós y Pío Baroja

LA LIBERTAD

Es la razón de nuestra vida,
dijimos, estudiantes soñadores.
La razón de los viejos, matizamos ahora:
su única y escéptica esperanza.
La libertad es un extraño viaje.
Son las plazas de toros, sillas sobre la arena
en aquellas primeras elecciones.
Es el peligro que, de madrugada,
nos acecha en el metro.
Son los periódicos
cuando se acerca ya el final del día.
La libertad es hacer el amor en los parques.
Es el alba en un día de huelga general.
Es morir libre. Son las guerras médicas.
Las palabras República y Civil.
Un rey saliendo en tren hacia el exilio.
La libertad es una librería,
ir indocumentado.
Canciones que una vez nos prohibieron.
Una forma de amor, la libertad.

Joan Margarit, *Els primers freds. Poesía, 1975-1995*,
Barcelona, Proa, 2004

UNA INTRODUCCIÓN: LAS POSIBILIDADES Y LAS VIDAS DE UN LIBRO

El libro es un objeto cultural y comercial a la vez, que reúne unas características específicas convirtiéndolo en un artículo extraordinario y único. Nadie duda de la dualidad del libro, que define su identidad, aunque unos incidan más en su valor cultural y otros en su carácter mercantil. Los libros tienen un valor por su contenido y su repercusión, pero también tienen un precio marcado en la cubierta o en la contra-cubierta, que hace referencia al coste de adquisición en la época en que fue publicado. Incluso se vuelven a vender en el circuito de libros usados y de segunda mano, y en librerías de anticuario y de viejo. Tienen una segunda o tercera vida en el mercado, así como en las bibliotecas privadas y públicas. En este sentido, merece la pena contar una anécdota personal de mi querido y buen amigo el pintor y artista multidisciplinar Carlos García-Alix.

Treinta años atrás tuvo en su biblioteca un libro muy apreciado de Henri Barbusse, *Algunos secretos del corazón*, editado en 1921 por R. Caro Raggio. El gran valor para él era que incluía veinticuatro grabados en madera del artista belga Frans Masereel, pero acabó perdiendo esta obra. Hace unas semanas, paseando por los puestos de libros de la Cuesta de Moyano de Madrid en busca de tesoros bibliográficos, encontró un ejemplar de ese libro y lo compró. Al llegar a su casa, contento por recuperar el título extraviado, se dio cuenta, tras quitar el papel celofán que lo protegía, de que era su mismo ejemplar por el exlibris

que aparecía en la primera hoja y que le regaló su hija María cuando era pequeña.

Fue tal la emoción que casi Hora de alegría, y yo también al compartir conmigo esa historia bellísima de secretos del corazón libresco. Tres décadas después de pertenecer a su biblioteca personal, ese mismo volumen volvía a ella. Imagino ese momento con el corazón palpitando, la cara de felicidad y las manos temblorosas al recuperar su viejo libro. Parece increíble, pero es cierto. Fue el primer libro publicado en España de Masereel, que tanta influencia ejerció en otros brillantes ilustradores de cubiertas como Mauricio Amster, Mariano Rawicz o Helios Gómez.

Pero no conviene confunda valor con precio, como advertiera muchos años atrás David Ricardo, tampoco en un ejemplar. Un libro es un artículo potencial por su contenido, autor o autores y por las diferentes lecturas que se hacen de él. Además, tiene muchas posibilidades porque entretiene, enseña, divierte, así como fomenta la reflexión y el pensamiento crítico. Incluso se establecen vínculos afectivos en relación con las vivencias de los lectores con cada título. Detrás de cada libro hay muchas vidas e historias personales y colectivas. Por este motivo, el escritor argentino Jorge Luis Borges imaginaba el paraíso como una especie de biblioteca y para el poeta Joan Margarit, recientemente fallecido, una librería era sinónimo de libertad.

Los libros han sido admirados, codiciados y hasta venerados, pero también han sido despreciados, odiados y destruidos. El libro es un arma peligrosa y así lo han visto demasiados regímenes a lo largo de la historia de la humanidad en todos los rincones del planeta. A pesar de su fragilidad, un ejemplar que invita a pensar y a reflexionar de manera crítica es un enemigo por batir. Algo tan aparentemente insignificante compuesto de papel, letras impresas, imágenes y cartón es un elemento revolucionario, pero no solo aquellos textos que llaman a la revolución, sino todos por sus capacidades para imaginar, soñar y pensar.

A lo largo de la historia son muchos los ejemplos y antecedentes que podemos encontrar sobre la quema de libros^[1]. La destrucción de libros no es un fenómeno nuevo como forma de eliminar una cultura o una civilización derrotada por las armas. Pero lo sorprendente del caso franquista es el ensañamiento contra lo impreso y la intensidad de la destrucción.

LA QUEMA DE LOS LIBROS DE LA ANTI-ESPAÑA

El franquismo fue un régimen represivo de exclusión ideológica y social^[2]. La represión afectó a todos los aspectos de la sociedad española durante casi cuarenta años. Aunque es más conocida la represión política y social, también fue destacada la represión cultural basada en la quema y expurgo de publicaciones, en la censura editorial y en el control de la información. La dictadura militar persiguió todo aquello que representara la anti-España: eliminó y encarceló personas, ilegalizó organizaciones y asociaciones, destruyó publicaciones, depuró bibliotecas y prohibió obras en un intento de borrar las ideas de los enemigos de la sociedad española. La represión cultural formó parte de la represión generalizada de los militares sublevados y fue un capítulo más de la violencia ejercida por la dictadura franquista. El objetivo era limpiar y purificar el país de las ideas subversivas que habían adulterado las esencias españolas. Perseguían suprimir el pensamiento de los vencidos e imponer el de los vencedores.

Del mismo modo que los militares golpistas distinguían entre buenos y malos españoles, también había buenos y malos libros. Si los malos españoles tenían que pagar sus delitos con la vida o la falta de libertad, los libros culpables debían ser destruidos o arrinconados en los infiernos de las bibliotecas, así como impedir su impresión y circulación con el establecimiento de la censura previa. Las ideas de los libros peligrosos eran las responsables de la decadencia del país, de los males de la patria y de la Guerra Civil; por tan-

to, debían eliminarse y prohibirse. Merecían un duro castigo, ya que en muchos casos eran considerados más responsables que los propios vencidos, que se habían dejado embaucar por sus ideas disolventes. Guerra a los intelectuales, a la cultura y al libro.

Los que se sublevaron contra el régimen democrático de la Segunda República pensaron que si se eliminaban y se recluían a las personas y a las publicaciones, se acabaría con sus ideas. Trataron de callar las voces disidentes de personas y ejemplares, todo aquello que cuestionase o se opusiese a la España única, imperial y católica. Frente a la pluralidad y a la heterogeneidad, se impuso el nacionalcatolicismo de la dictadura. Había que borrar de las mentes las ideologías peligrosas, ya que el franquismo se basó en su rechazo al liberalismo, a la democracia, al parlamentarismo, al socialismo, al comunismo, al laicismo; en definitiva, a la libertad.

Desde los primeros días de julio de 1936 los militares sublevados actuaron con mucha violencia con todos aquellos que se opusieron a sus objetivos, incluidos sus compañeros de armas, y al mismo tiempo se emplearon con saña contra la cultura impresa en todas las localidades que iban conquistando^[3]. Se convirtió en una necesidad acabar con todas las obras que habían inculcado el mal y la revolución en las mentes de los españoles atentando contra el orden social, la tradición, la Iglesia y el Ejército. El libro era peligroso y había que eliminarlo. Matar personas y destruir libros fueron prácticas demasiado comunes, lamentablemente, en la retaguardia franquista y durante la dictadura. Había que acabar con la democracia, los derechos sociales y laborales, la reforma agraria y la libertad de expresión. No se podía permitir la libre publicación, circulación y lectura de cualquier texto sin la supervisión y autorización de las autoridades. Pero previamente había que destruir toda la oferta editorial existente en el mercado y en los fondos de las bibliotecas públicas y privadas^[4].

Auto de fe en la U. Central. Los enemigos de España fueron condenados al fuego

El Sindicato Español Universitario celebró el domingo la Fiesta del Libro con un simbólico y ejemplar auto de fe. En el viejo huerto de la Universidad Central —huerto desolado y yermo por la incuria y la barbarie de tres años de oprobio y suciedad— se alzó una humilde tribuna, custodiada por dos grandes banderas victoriosas. Frente a ella, sobre la tierra reseca y áspera, un montón de libros torpes y envenenados [...]. Y en torno a aquella podredumbre, cara a las banderas y a la palabra sabia de las Jerarquías, formaron las milicias universitarias, entre grupos de muchachas cuyos rostros y mantillas prendían en el conjunto viril y austero una suave flor de belleza y simpatía.

[El catedrático de Derecho, Antonio Luna, en su disertación afirmó]: *«Para edificar a España una, grande y libre, condenados al fuego los libros separatistas, los liberales, los marxistas, los de la leyenda negra, los anticatólicos, los del romanticismo enfermizo, los pesimistas, los pornográficos, los de un modernismo extravagante, los cursis, los cobardes, los seudocientíficos, los textos malos y los periódicos chabacanos. E incluimos en nuestro índice a Sabino Arana, Juan Jacobo Rousseau, Carlos Marx, Voltaire, Lamartine, Máximo Gorki, Remarque, Freud y al Heraldo de Madrid»*. Prendido el fuego al sucio montón de papeles, mientras las llamas subían al cielo con alegre y purificador chisporroteo, la juventud universitaria, brazo en alto, cantó con ardimiento y valentía el himno «Cara al sol» [la cursiva es mía]^[5].

Quema de libros en el patio de la Universidad Central para celebrar el Día del Libro de 1939.

El texto es meridiano, ya que ilustra perfectamente las actuaciones realizadas respecto al libro durante la Guerra Civil y señala la política del Nuevo Estado en relación con la letra impresa. Entre falangistas viriles y señoritas con mantilla se quemaron en la Universidad de Madrid ejemplares del periódico *El Heraldo de Madrid*, obras de Rousseau y Marx españolizados, de Freud, Gorki o Lamartine, entre otras. La combinación era selecta y diversa, aunque atendiendo a la descripción y a la clasificación de los libros, que realizó el catedrático de Derecho Antonio Luna en su discurso, prácticamente todos debían acabar en la hoguera.

Asimismo, leyó el célebre pasaje del *Quijote* donde el cura y el barbero prendieron fuego a las novelas de caballería del ingenioso hidalgo, para justificar la quema de libros. Curiosa manera de celebrar el Día del Libro, imitando las quemas públicas de libros de los nazis. Estas prácticas resultan muy significativas sobre las intenciones del régimen sobre la cultura y la libertad de expresión y creación. Cabe destacar que *El Heraldo de Madrid* también aparecía como culpable en una carta de un carabinero fusilado en julio de 1938, donde afirmaba: «Si yo he sido un asesino y muero como tal ha sido por el estrago que en mí ha ocasionado *El Heraldo de Madrid*»^[6].

Este ataque y justificación exculpatoria del condenado a muerte recoge perfectamente la convicción de los militares e ideólogos franquistas sobre la culpabilidad y responsabilidad de las publicaciones en el conflicto bélico. Seguramente no fue una casualidad esta referencia al periódico madrileño de tendencia republicana, fundado en 1890 y con gran difusión nacional en la carta del reo.

El periódico falangista *¡Arriba España! Hoja de combate de la FE de las JONS*, publicado en Pamplona, en su primer número de 1 de agosto de 1936, incitaba a la destrucción de libros: «¡Camarada! Tienes obligación de perseguir al judaísmo, a la masonería, al marxismo y al separatismo. Destruye y quema sus periódicos, sus libros, sus revistas,

sus propagandas. ¡Camarada! ¡Por Dios y por la patria!». Su director fue el clérigo falangista Fermín Yzurdiaga, que acabó siendo jefe nacional de Prensa y Propaganda. Fue tal el entusiasmo y celo en la destrucción de libros en los domicilios particulares que el mismo periódico, en noviembre de 1936, pidió medida y que se no se actuara en las bibliotecas privadas. Sobre la necesaria depuración de los fondos bibliográficos, en un editorial del mismo periódico en 1938 se podía leer:

Es necesario este Tribunal rígido de Inquisición. Hoy es la Fiesta del libro. Desde hace años funciona en nuestra España una filial o Sucursal de la Editora Espasa-Calpe. ¿Ha pasado (preguntamos) por algún tamiz el historial y los fondos editoriales de esa casa, anteriores a la guerra? ¿Es posible tener una casa en Madrid, otra en San Sebastián y otra en Buenos Aires? ¡Los triángulos nos escaman demasiado! Y vamos a precisar más, porque el escándalo es intolerable. Hoy en todos los escaparates de las librerías se expone la «Colección Austral» de la Espasa-Calpe. Tiene mucho que purgar y que rectificar esta Editora. Pues bien: sin enterarse por lo visto del nuevo espíritu de España nos presenta títulos como éstos: Descartes, Discurso del Método, condenado por la Iglesia, en el Índice. El Matrimonio de Compañía, de Lindsay y Evan. De Ortega y Gasset (¡cómo no!) su Rebelión de las Masas y Tema de nuestro tiempo. El estúpido payaso Ramón Gómez de la Serna, Russell y Thomas Mann^[7] [la cursiva es mía, salvo los títulos de los libros].

Destaca la fijación del periódico de Falange contra el fondo de Espasa-Calpe, editorial comercial convencional, con gran capital social y de carácter conservador. Pero, sobre todo, en este artículo se atacaba a los títulos de la colección Austral. Recordemos que la filial argentina de Espa-

sa-Calpe se independizó de la casa madre en 1937 por las dificultades derivadas de la guerra, constituyéndose en sociedad anónima, y emprendió su labor editora, con Manuel Olarra al frente. Destacó especialmente la colección de bolsillo Austral, iniciada por Guillermo de la Torre y Gonzalo Losada. Cada mes se editaban entre 10 y 20 títulos nuevos en tiradas de 12 000 ejemplares, de los que se exportaban más del 30 %. Estas obras sin el control de la censura llegaban a España y por eso eran condenadas por Yzurdiaga. El primer libro publicado fue *La rebelión de las masas*, de Ortega y Gasset, uno de los ejemplares que desdeñaba el periódico^[8]. Las proclamas en el periódico falangista no impidieron que Yzurdiaga tuviera en su biblioteca la colección completa de la revista *Cruz y Raya*^[9]. Los grandes destructores de libros suelen ser grandes bibliófilos, o al menos tienen grandes conocimientos sobre el movimiento bibliográfico.

La quema de libros se convirtió en un ritual habitual. Estas prácticas recordaban a la Alemania de Hitler, a la quema sistemática de publicaciones organizada por el ministro de Propaganda, Joseph Goebbels. El gran impacto que causó la destrucción nazi en 1933 llevó a la revista estadounidense *Time* a hablar de *bibliocausto* y la revista neoyorquina *Newsweek* la calificó como holocausto de libros^[10]. A los tres días de ser nombrado Hitler canciller, se prohibieron todas las publicaciones que pudieran contener informaciones inexactas. El 10 de mayo, en la plaza de la Opera de Berlín ardieron entre 20 000 y 25 000 ejemplares, entre los que se encontraban títulos de Stefan Zweig, Voltaire, Einstein, Freud, Engels, Remarque, Heinrich Mann, André Gidé, Romain Rolland o H. G. Wells, entre otros. Otras treinta hogueras similares se sucedieron entre el 10 de mayo y el 21 de junio de 1933 en otras ciudades alemanas.

En la España de Franco también puede hablarse de un fenómeno similar, de *bibliocausto* o, al menos, de una bi-

blifobia desatada, en palabras de José Andrés de Blas^[11]. Para analizar la destrucción del patrimonio bibliográfico de la dictadura es fundamental el estudio de la documentación y de la prensa afín al Movimiento Nacional durante la Guerra Civil y la inmediata posguerra, así como los libros de memorias, ya que este fenómeno es mucho menos conocido que el nazi y apenas existe bibliografía al respecto^[12]. El régimen franquista se encargó posteriormente de borrar este capítulo negro de su historia, dada la duración de la dictadura y su capacidad de adaptación.

Desde los primeros días del golpe militar se convirtió en una auténtica obsesión la eliminación de los textos perniciosos que habían inoculado el mal en las mentes de los españoles. Acusaban a estos libros de todos los problemas del país por sus ideas extranjerizantes, inmorales y subversivas. Así, en los primeros meses de la contienda las operaciones se centraron en incautaciones y destrucciones, pinto con la depuración de bibliotecas públicas y privadas.



Hoguera de libros en Tolosa tras la entrada de los franquistas en agosto de 1936.

Al mismo tiempo, muchos maestros, bibliotecarios, editores y libreros fueron fusilados. El director de la casa Nós,

Ángel Casal, y el librero Rogelio Luque, entre otros, corrieron la misma suerte que las publicaciones que producían y vendían. Rogelio Luque, que ejercía el comercio de librería desde 1917 en la calle Gondomar de Córdoba, fue fusilado el 16 de agosto de 1936^[13]. Juana Capdevielle, bibliotecaria de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, fue asesinada el 18 de agosto de 1936 en Rábade (Lugo), estando embarazada de su primer hijo, a los treinta años de edad^[14].

Días antes, su mando, Francisco Pérez Carballo, gobernador civil de La Coruña, también había sido asesinado por los militares sublevados. Asimismo, autores como Federico García Lorca, el arabista y rector de Granada, Salvador Vila, el jurista y también rector de Oviedo, Leopoldo Alas Argüelles, el catedrático de Medicina Legal y rector de Valencia, Juan Bautista Peset, o el maestro Daniel Linacero fueron fusilados por sus ideas y sus libros.

El catedrático de Culturas e Instituciones Musulmanas, Salvador Vila, republicano de izquierdas, que era rector de Granada desde abril de 1936, fue también traductor del alemán para la comprometida editorial Cénit Murió fusilado en noviembre de 1936 en el barranco de Víznar. Discípulo de Miguel de Unamuno y amigo de Wenceslao Roces, Manuel de Falla, Miguel Asín o Emilio García Gómez, murió por su forma de pensar y de escribir^[15]. El maestro de primaria Linacero publicó en Palencia en 1933 la obra *Mi primer libro de historia*, que renovaba la concepción de la historiografía, así como la enseñanza a los más pequeños, y acabó siendo fusilado por falangistas en agosto de 1936^[16].

El cenetista Manuel Pérez recuerda que, en el primer día del levantamiento militar en la isla de Mallorca, «[...] se inició el asalto a las organizaciones obreras y a los locales donde tenían su residencia las agrupaciones políticas de izquierdas. Nada escapó a la furia vandálica de las hordas fascistas. *Después de destrozarlo todo [...], recordando los*